

MATTHEW
PERRY
Amigos, amantes
y aquello
tan terrible

Traducido del inglés por Natalia Herrero Martínez



Contenido

Prefacio por Lisa Kudrow	13
Prólogo	16
1 La vista	32
Interludio: Nueva York.....	66
2 Otra generación que se va al carajo	71
Interludio: Matman	95
3 Equipaje	101
Interludio: Muerto.....	131
4 Como si hubiera estado ahí antes.....	140
Interludio: Zoom.....	165
5 Sin romper la cuarta pared.....	167
Interludio: Vacíos.....	208
6 Bruce Willis	209
Interludio: El cielo se desató	234
7 El beneficio de los amigos	244
Interludio: Bolsillos	269
8 Odisea	272
Interludio: El campamento del trauma.....	289
9 Tres no son compañía; tres lo arruinan todo	291
Interludio: Violencia en Hollywood	303
10 Aquello tan terrible	307
Interludio: El área de fumar.....	340
11 Batman.....	355
Agradecimientos	367
Sobre el autor	368

Prefacio

por Lisa Kudrow

—¿Cómo está Matthew Perry?

Durante los muchos años que han pasado desde que me hicieron esta pregunta por primera vez, ha sido, en distintas etapas de mi vida, la pregunta más recurrente. Entiendo por qué tantas personas la hacían: amaban a Matthew y querían verlo bien. Yo también quería verlo bien. Sin embargo, siempre me molestaba mucho cuando la pregunta venía de un representante de los medios de comunicación, porque yo no podía decir lo que realmente quería decir: “Es la historia de Matthew y yo no estoy autorizada para contarla, ¿o sí?”. Habría querido agregar: “Se trata de información sumamente personal e íntima, y, si no la escuchas directamente de la persona aludida, en mi opinión, eso es un chisme y no voy a chismear sobre Matthew contigo”. Dado que sabía que permanecer callada podía ser más perjudicial que benéfico, a veces respondía: “Creo que está bien”. Al menos eso no aumentaba el foco de atención sobre él y tal vez así po-

dría tener un poco de privacidad mientras lidiaba con esta enfermedad. Pero, a decir verdad, no estaba muy segura de cómo se encontraba Matthew. Como él mismo te contará a lo largo de este libro, mantenía su condición en secreto. Y le tomó tiempo sentirse lo bastante cómodo como para contarnos la situación que atravesaba. A lo largo de estos años, en realidad nunca traté de intervenir o confrontarlo, porque lo poco que sabía sobre adicciones era que su sobriedad estaba fuera de mis manos. Y, sin embargo, había periodos en los que me cuestionaba si estaba equivocada por no hacer más, por no hacer algo. No obstante, lo que sí entendí es que esta enfermedad se alimentaba de una forma implacable y que estaba decidida a continuar haciéndolo por mucho tiempo.

Así que me concentré en Matthew, quien me arrancaba carcajadas todos los días, y, al menos una vez a la semana, me hacía reír hasta llorar y no poder respirar. El verdadero Matthew Perry seguía ahí, un hombre sumamente inteligente, encantador, dulce, sensible, sensato y racional. Esa persona, con todo lo que estaba enfrentando, aún estaba presente. El mismo Matthew que nunca dejó de animarnos durante la agotadora noche en que grabamos los créditos iniciales dentro de aquella famosa fuente.

—¡No puedo recordar un momento en el que no haya estado dentro de una fuente! ¿Acaso estamos mojados? ¡No puedo recordar un momento en el que no haya estado mojado! (Matthew es el culpable de que todos aparezcamos riendo en esa fuente durante los créditos iniciales.)

Cuando terminó *Friends*, dejé de ver a Matthew todos los días y no me atreví a adivinar cuál era su estado de salud.

Con este libro me entero por primera vez de cómo fue realmente vivir y sobrevivir a su adicción. Matthew me ha contado algunas cosas, pero nunca con este nivel de detalle. Ahora nos deja entrar en su cabeza y corazón de una forma sumamente honesta y vulnerable. Y, por fin, no hace falta preguntarme a mí o a cualquier otra persona cómo está Matthew. Él mismo lo dice aquí.

Ha sobrevivido contra todo pronóstico, pero yo no sabía cuántas veces estuvo a punto de morir. Me alegra que sigas aquí, Matty. Bien por ti. Te amo.

—Lisa

1

La vista

Nadie piensa nunca que le sucederá algo realmente malo. Hasta que le ocurre. Y nadie se recupera de un intestino perforado, neumonía por aspiración y una máquina ECMO. Hasta que alguien lo hizo.

Yo.

Escribo esto desde una casa rentada con vista al océano Pacífico. (Mi verdadera casa se encuentra al final de la calle y la están renovando; dicen que tardará unos seis meses, así que pienso que más bien será alrededor de un año.) A través de la ventana, veo a un par de aguilillas colirrojas volando en círculos sobre el cañón que conecta al barrio de Pacific Palisades con el mar. Es un hermoso día de primavera en Los Ángeles. Esta mañana me la he pasado colgando cuadros en las paredes (o, para ser más preciso, he contratado a alguien para que los cuelgue por mí; en realidad, no soy muy hábil en los trabajos manuales). Durante los últimos años, me he aficionado mucho al arte, y, si te fijas bien, descubrirás uno que otro Banksy por ahí. También estoy trabajando en el segundo borrador de un guion. Hay una Coca-Cola de dieta recién

servida en mi vaso, y una cajetilla de Marlboro en mi bolsillo. A veces, estas cosas son suficientes.

A veces.

Sigo volviendo una y otra vez a este hecho ineludible: estoy *vivo*. Dadas las probabilidades, estas dos palabras son mucho más milagrosas de lo que podrías imaginarte; para mí, tienen una cualidad extraña y brillante, como si fueran rocas traídas de un planeta lejano. Nadie puede creerlo del todo. Es muy extraño vivir en un mundo en el que, si murieras, sería un *shock* para todos pero nadie se sorprendería.

Más que nada, las palabras “estoy vivo” me llenan de una profunda gratitud. Cuando has estado tan cerca de la muerte, como yo, realmente no te queda otra opción más que sentir gratitud: ésta reposa en la mesa de tu sala como un libro de mesa de café; apenas adviertes su presencia, pero está ahí. Sin embargo, detrás de ese ligero sabor a anís y regaliz de la Coca-Cola de dieta, y habi-tando mis pulmones con cada calada de cigarro, había algo que acechaba esta gratitud: una agonía persistente.

No puedo evitar preguntarme: “¿Por qué?” “¿Por qué sigo vivo?”. Tengo una pista sobre la respuesta, pero aún no está totalmente formulada. Sé que se relaciona con ayudar a la gente, pero no sé de qué manera. Lo mejor que tengo para ofrecer, sin lugar a dudas, es que, si otra persona alcohólica como yo se me acerca para preguntarme si puedo ayudarla a dejar de tomar, puedo decirle que sí, y realmente darle seguimiento y hacerlo. Puedo ayudar a un hombre desesperado a recuperar su sobriedad. Creo que la respuesta a la pregunta de por qué sigo vivo

se encuentra por ahí. Después de todo, he descubierto que es la única cosa que realmente me hace sentir bien. Sin duda alguna, hay algo divino en ella.

El problema es que no puedo aceptar esta respuesta cuando siento que no soy suficiente. No puedes dar algo que no tienes. Y, la mayor parte del tiempo, me invaden pensamientos persistentes como: “No soy suficiente, no soy importante, exijo demasiado”. Estos pensamientos me incomodan. Necesito amor, pero no confío en él. Si me quito la máscara, mi Chandler, y te muestro quién soy en el fondo, podrías notar mi presencia, pero, lo que es todavía peor, podrías notar mi presencia y abandonarme. Y no puedo soportarlo. No sobreviviría. No otra vez. Me convertiría en una mota de polvo y terminaría por aniquilarme.

Así que, yo seré el primero en abandonarte. En mi mente, crearé una historia que cuente que la culpa fue *tuya*, y me la creeré. Y me iré. “Pero no todos pueden tener la culpa, Matso”, pensaré. ¿Cuál es el común denominador aquí?

Y ahora estas cicatrices que tengo en el estómago. Estos amoríos rotos. Abandonar a Rachel. (No, no me refiero a esa Rachel, sino a la verdadera Rachel, la exnovia de mis sueños.) Me atormentan a las cuatro de la mañana cuando estoy en mi casa de Pacific Palisades con vista panorámica de la ciudad sin poder dormir. Tengo cincuenta y dos años. Ya no es tan adorable.

Todas las casas en las que he vivido han tenido buena vista. Eso es lo que más me importa.

Cuando tenía cinco años, me mandaron en avión de Montreal, Canadá, donde vivía con mi madre, a Los Ángeles, California, donde visitaba a mi padre. Yo era lo que en ese entonces se conocía como “un menor no acompañado” (en alguna etapa del proceso de escritura, éste iba a ser el título del libro). En aquella época, era muy común que los niños viajaran solos en avión. No era lo más recomendable, pero era algo que hacía la gente. Por un milisegundo pensé que sería una aventura emocionante, y luego me di cuenta de que era demasiado joven para estar solo y que toda la situación que me rodeaba era aterradora (y una mierda). ¿Por qué no viene a recogerme uno de mis padres? ¿Acaso todos se han vuelto locos?

¿Podrían devolverme los cientos de miles de dólares que gasté en terapia a causa de esta decisión?

Claro que viajar en avión como un menor no acompañado tenía sus ventajas, entre ellas portar un letrero alrededor del cuello que decía MENOR NO ACOMPAÑADO, además de la posibilidad de abordar primero, tener acceso a salas de espera sólo para niños, comer todo tipo de golosinas, y que alguien te acompañara al avión... quizá *debió* ser increíble (más tarde, cuando me volví famoso, obtuve todos estos beneficios y mucho más en los aeropuertos, pero siempre me traían recuerdos de ese primer vuelo, así que los detestaba). Se suponía que las sobrecargos debían cuidarme, pero estaban demasiado ocupadas sirviendo champaña en clase turista (eso hacían en la

permisiva década de los setenta). Hacía poco que habían suspendido el límite de consumo de dos bebidas alcohólicas por persona, así que durante ese vuelo sentí como si hubiera pasado seis horas en Sodoma y Gomorra. La peste a alcohol estaba en todas partes; el tipo que estaba sentado junto a mí se había tomado como diez cócteles Old Fashioned. (Dejé de contar después de un par de horas.) No me cabía en la cabeza que un adulto quisiera tomar la misma bebida una y otra vez... ¡Ah, qué inocencia la mía!

Cuando me atrevía a hacerlo, que no era muy seguido, oprimía el botón de servicio. Las sobrecargos, ataviadas con atractivas botas y shorts cortos característicos de los años setenta, acudían a mi asiento, me alborotaban el pelo y retomaban lo que estaban haciendo.

Me sentía aterrado. Trataba de leer mi ejemplar de la revista *Highlights*, pero cada vez que el avión caía en una bolsa de aire, yo creía que estaba a punto de morir. No había nadie que me dijera que todo iba a estar bien, nadie a quien recurrir para que me infundiera seguridad. Mis pies ni siquiera tocaban el piso. Estaba demasiado asustado como para reclinar el asiento y dormirme, así que permanecí despierto, esperando la próxima bolsa de aire, preguntándome cómo se sentiría una caída de treinta y cinco mil pies.

No sufrí ninguna caída; al menos no de forma literal. Eventualmente, el avión inició su descenso hacia el hermoso atardecer californiano. Podía ver el parpadeo de las luces, las calles que se extendían como una gran alfombra mágica centelleante, las amplias franjas de oscuridad que

ahora sé que son las colinas, la ciudad que palpitaba mientras yo pegaba mi pequeño rostro contra la ventana del avión, y recuerdo haber pensado con mucha claridad que aquellas luces, y toda esta belleza, significaban que yo estaba a punto de tener un padre.

El hecho de que ni mi madre ni mi padre me acompañaran durante ese vuelo fue una de tantas cosas que derivaron en un sentimiento de abandono de por vida... Si yo hubiera sido suficiente, nunca me hubieran dejado solo, ¿o sí? ¿Que no se suponía que así debía funcionar todo este asunto? A los demás chicos los acompañaban sus padres. En cambio, yo tenía un letrero y una revista.

Es por esto que, cuando compro una casa nueva —y ha habido muchas (nunca subestimen un cambio de residencia)—, debe tener buena vista. Me gusta sentir que, desde donde me encuentro, puedo contemplar la seguridad, un lugar en el que alguien está pensando en mí, un lugar en donde se encuentra el amor. Allá abajo, en algún lugar de ese valle, o en aquel vasto océano más allá de la autopista Pacific Coast, en las relucientes alas primarias de una aguililla colirroja, ahí es donde se encuentra la paternidad. Ahí es donde se encuentra el amor. Ahí es donde se encuentra el hogar. Al fin puedo sentirme seguro.

“¿Qué hacía ese niño solo en un avión? ¿Por qué no volar a Canadá para recogerlo?” Esto es algo sobre lo cual reflexiono a menudo pero que nunca me he atrevido a preguntar.

No soy un gran partidario de la confrontación. Hago muchas preguntas, sólo que no en voz alta.

Por mucho tiempo, traté de buscar casi cualquier cosa o a cualquier persona a quien culpar por las situaciones desastrosas en las que constantemente me encontraba.

He pasado buena parte de mi vida en hospitales. Estar en un hospital hace que incluso la mejor persona termine sintiendo lástima por sí misma, y yo me he vuelto un experto en sentir lástima por mí mismo. Cada vez que me encuentro postrado en alguna cama de hospital, no puedo evitar hacer un recuento de mi vida, y analizo cada momento desde todos los ángulos, como un hallazgo confuso en una excavación arqueológica, y trato de encontrar alguna razón que explique por qué he pasado tantos años de mi vida sintiendo incomodidad y dolor emocional. Siempre entendí de dónde provenía el verdadero dolor (Siempre supe por qué sentía dolor *físico* en el momento en que lo sentía; la respuesta obvia era “no puedes tomar tanto, imbécil”).

Para empezar, quería echarles la culpa a mis bienintencionados padres... amorosos, bienintencionados, y estúpidamente atractivos.

Volvamos al viernes 28 de enero de 1966. La escena se desarrolla en la Universidad Luterana de Waterloo en Ontario, Canadá.

Nos encontramos en la quinta competencia anual para nombrar a la Miss Canadian University Snow Queen (“evaluada con base en su inteligencia, participación en actividades estudiantiles y personalidad además de belleza”). Estos canadienses no escatimaban ningún recurso a la hora de anunciar a una nueva reina de belleza; habían planeado “un desfile de antorchas encendidas con carro-

zas, grupos musicales y las concursantes”, además de “una parrillada al aire libre y un partido de hockey”.

Entre la lista de posibles candidatas para disputar este honor se encontraba una mujer llamada Suzanne Langford; ocupaba el lugar número once y representaba a la Universidad de Toronto. Sus bellas contrincantes ostentaban nombres maravillosos como Ruth Shaver¹ de Columbia Británica; Martha Quail² de Ottawa; e incluso Helen “la Pollita” Fuhrer de McGill, quien probablemente añadió aquel sobrenombre para contrarrestar el hecho de que su apellido era un poco desafortunado a tan sólo dos décadas de que terminara la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, estas jovencitas no eran ningún rival para la hermosa señorita Langford. Aquella noche helada del mes de enero, la ganadora del año previo ayudó a coronar a la quinta Miss Canadian University Snow Queen, y, además de una banda que mostraba el título de la ganadora, ese nombramiento implicaba otra responsabilidad: que la señorita Langford tendría que ceder su corona al año siguiente.

El certamen de 1967 fue igual de emocionante. Se suponía que los Serendipity Singers —un grupo parecido a The Mamas & the Papas— darían un concierto ese año. Dio la casualidad de que el vocalista principal era un hombre llamado John Bennett Perry. Los Serendipity Singers eran una anomalía incluso para la década de los

¹ N. de la T. Además de ser un apellido, “Shaver” significa “persona que se rasura”, algo que pierde todo humor en la traducción.

² N. de la T. Además de ser un apellido, “Quail” significa “codorniz”, algo que también pierde humor en la traducción.

sesenta, donde abundaba la música folk. Su mayor y único éxito, *Don't Let the Rain Come Down*, era un refrito de una canción de cuna inglesa; pese a esto, alcanzó la segunda posición en la lista de música contemporánea para adultos y la sexta posición en la lista de los cien mayores éxitos de Billboard en mayo de 1964. No obstante, este logro palideció en comparación con el famoso *top* cinco conquistado por los Beatles ese mismo año con canciones como *Can't Buy Me Love*, *Twist and Shout*, *She Loves You*, *I Want to Hold Your Hand* y *Please, Please Me*. Pero esto poco le importaba a John Perry; estaba de gira trabajando como músico, ganándose la vida cantando, y ¿qué podría ser mejor que tener un concierto en la gala de la competencia Miss Canadian University Snow Queen en Ontario? Ahí se encontraba él, feliz mientras cantaba “Now this crooked little man and his crooked little cat and mouse / They all live together in a crooked little house”,³ y coqueteando desde el micrófono con la ganadora de la edición pasada del Miss Canadian University Snow Queen, Suzanne Langford. En aquel entonces, eran dos de las personas más atractivas sobre la faz de la tierra —deberías ver las fotos de su boda—; hasta daban ganas de golpear sus rostros esculpidos a la perfección. No había escapatoria. Cuando dos personas lucen tan bien, terminan por transformarse la una en la otra.

Una vez que terminó el concierto, John pasó de coquetear en el escenario a bailar en la pista, y ahí habría quedado todo el asunto de no ser por la enorme y ventu-

³N. de la T. “Ahora este hombrecito torcido, con su gatito y ratoncito torcidos / viven juntos en una casita torcida”.

rosa tormenta de nieve que acechaba la noche y que impidió que los Serendipity Singers salieran de la ciudad. Así que, ésta es la historia de cómo se conocieron: un cantante de música folk y una reina de belleza se enamoraron en un pueblo canadiense aprisionado por la nieve en 1967... el hombre más apuesto del mundo conoce a la mujer más hermosa del mundo. El resto de la gente podría haberse ido a casa. No tenían nada que hacer ahí.

John Perry pasó la noche ahí, y Suzanne Langford no cabía de la felicidad, y, tras uno o dos años, después de aquella primera escena, ella ahora se encontraba en Williamstown, Massachusetts, la ciudad natal de John, y dentro de ella había células que se dividían y vencían. Tal vez en alguna de estas divisiones algo salió mal, ¿quién puede saberlo? Lo único que sé es que la adicción es una enfermedad, y, al igual que mis padres cuando se conocieron, yo tampoco tenía escapatoria.

Nací el martes 19 de agosto de 1969, hijo de John Bennett Perry, exvocalista de los Serendipity Singers, y Suzanne Langford, antigua reina de belleza del certamen Miss Canadian University Snow Queen. Hubo una gran tormenta la noche en que nací (claro que la hubo); todos jugaban Monopoly mientras esperaban mi llegada (claro que lo hacían). Llegué al planeta cerca de un mes después del alunizaje, y un día después de que terminara el festival de Woodstock; así que, en algún punto entre la perfección cósmica de las órbitas celestiales, y todo lo ocurrido en la granja de Yasgur, me convertí en una vida, interrumpiendo la oportunidad de alguien de construir hoteles en Boardwalk.

Salí al mundo gritando, y no paré de hacerlo durante semanas. Era un bebé que sufría de cólicos; desde el principio, mi estómago fue un problema. Mi madre y mi padre se estaban volviendo locos con tanto llanto. ¿Locos? Más bien, estaban preocupados, así que me llevaron al médico. Estamos hablando de 1969, una época prehistórica comparada con la actualidad. Dicho esto, no sé cuán avanzada debe estar una civilización para entender que darle *fenobarbital* a un bebé que apenas está por cumplir los dos meses es, en el mejor de los casos, un acercamiento *interesante* a la pediatría. Sin embargo, darle un potente barbitúrico a un bebé con cólico no era tan extraño en los años sesenta. Algunos médicos veteranos recomendaban ampliamente “recetar un potente barbitúrico a un niño de unos cuantos meses que no para de llorar”.

En este punto, quisiera ser muy claro. No culpo a mis padres por esto. Si tu hijo llora todo el tiempo, es evidente que algo anda mal, el médico le receta un medicamento, no es el único médico que piensa que es una buena idea, le das el medicamento al niño, el niño deja de llorar... No cabe duda de que eran otros tiempos.

Ahí estaba yo, sentado sobre la rodilla de mi joven y estresada madre, gritando por encima de su hombro mientras un dinosaurio vestido con bata blanca, que apenas alzó la mirada de su amplio escritorio de roble, se quejó en voz baja y con mal aliento de “los padres de hoy en día”, y me recetó un barbitúrico sumamente adictivo.

Yo era ruidoso y demandante, y la solución a esto fue darme una pastilla. (Mmm, eso suena muy parecido a mi vida de veinteañero.)

Me han contado que consumí fenobarbital durante mi segundo mes de vida, entre los treinta y sesenta días de nacido. Éste es un momento importante en el desarrollo de un bebé, sobre todo en lo que respecta al sueño. (Cinuenta años más tarde, aún no consigo dormir bien.) Una vez que tomaba el barbitúrico, simplemente me desconectaba. Al parecer, la secuencia era la siguiente: yo lloraba, la droga hacía efecto, luego me desconectaba, y esto le provocaba un ataque de risa a mi padre. Su intención no era ser cruel; nadie puede negar que un bebé drogado es motivo de risa. Hay fotos mías de bebé en donde es evidente que estoy completamente noqueado, cabeceando como un adicto a las siete semanas de nacido. Supongo que es algo extrañamente apropiado para alguien que nació un día después de que terminó Woodstock.

Era un bebé demandante y no adorable y sonriente como todos esperaban. *Mejor me tomo esto y cierro la boca.*

Curiosamente, los barbitúricos y yo hemos tenido una relación bastante extraña a lo largo de los años. A mucha gente le sorprendería saber que he estado prácticamente sobrio desde 2001; salvo por unas sesenta o setenta recaídas durante esos años. Cuando ocurren estas recaídas, si quieres recuperar tu sobriedad, algo que en el fondo siempre deseas, te recetan drogas para lograrlo. Y quizá te preguntes de qué drogas estamos hablando. Muy bien, lo adivinaste: *¡fenobarbital!* Los barbitúricos sirven para tranquilizarte mientras tratas de sacar lo que sea que te hayas metido de tu sistema; y, mira nada más, yo empecé a tomar uno a los treinta días de nacido, así que, como adulto, sólo era cuestión de retomar la costumbre. Cuan-

do estoy en un proceso de desintoxicación, me vuelvo muy demandante y me siento muy incómodo; lamento decir que soy el peor paciente del mundo.

La desintoxicación es un infierno. La desintoxicación es estar echado en la cama, mirando pasar los segundos, a sabiendas de que estás muy lejos de sentirte bien. Cuando me estoy desintoxicando, siento como si me estuviera muriendo. Siento que el martirio nunca terminará. Siento como si mis entrañas quisieran salir a rastras de mi cuerpo. Tiemblo y sudo todo el tiempo. Soy como ese bebé al que no le dieron ninguna pastilla para sentirse mejor. He llegado a elegir estar drogado durante cuatro horas, sabiendo de antemano que atravesaré el infierno de la desintoxicación durante siete días. (Ya he dicho que esta parte de mí está trastornada, ¿no?) A veces, tengo que internarme durante meses para romper el ciclo.

Cuando estoy en un proceso de desintoxicación, la sensación de sentirme “bien” no es más que un recuerdo lejano, o algo que sólo existe en el universo de una tarjeta de Hallmark. Ruego como niño para que me den cualquier tipo de medicamento que me ayude a reducir los síntomas —un hombre adulto, que probablemente luce muy bien en la portada de la revista *People* en ese mismo momento, *rogando* para que le den algo que lo haga sentirse mejor. Daría lo que fuera —cada auto, cada casa, todo el dinero que tengo— para acabar con mi dolor. Y cuando al fin termina la desintoxicación, te invade una sensación de alivio, y juras y perjuras que nunca volverás a someterte a algo así. Hasta que, tres semanas después, te encuentras exactamente en la misma situación.

Es una locura. Yo estoy loco.

Y, al igual que un bebé, durante mucho tiempo no quise hacer el trabajo interno que se necesita para superar esto, porque, si una pastilla lo arregla, bueno, pues es más sencillo. Además, eso es lo que había aprendido.

Cuando estaba a punto de cumplir nueve meses, mis padres decidieron que ya habían convivido lo suficiente entre ellos, así que me metieron en un autoasiento para bebé en Williamstown, y juntos condujimos cinco horas y media para llegar a la frontera canadiense. Sólo puedo imaginarme el silencio de ese viaje en auto. Por supuesto, yo no podía hablar, y los antiguos tórtolos, que iban sentados en el asiento delantero, habían alcanzado su límite de conversación. Y, sin embargo, el silencio debió ser ensordecedor. Estaba sucediendo algo importante. En ese lugar, con el tamborileo lejano de las cataratas del Niágara como sonido de fondo, mi abuelo materno, el hombre de apariencia militar Warren Langford, nos esperaba, caminando de un lado a otro, dando pisotones para mantenerse caliente, o para calmar su frustración, o ambas cosas. Seguro nos recibió con un saludo mientras nos acercábamos, como si estuviéramos a punto de tomar unas divertidas vacaciones. Seguro me emocioné mucho al verlo, y luego, según me cuentan, mi padre me sacó del autoasiento, me puso en los brazos de mi abuelo, y, con eso, nos abandonó a mi madre y a mí. Finalmente, mi madre también bajó del auto, y ella, mi abuelo y yo permanecemos de pie escuchando el agua precipitarse so-

bre las cataratas y rugir hacia la garganta del Niágara mientras veíamos cómo mi padre se alejaba en el auto para siempre.

Después de todo, al parecer nunca viviríamos todos juntos en “una casita torcida”. Me imagino que en aquel entonces me dijeron que mi padre volvería pronto.

—No te preocupes —seguramente dijo mi madre—, sólo se fue a trabajar, Matso. Él volverá.

—Ánimo, amiguito —hubiera dicho mi abuelo—, vamos a buscar a tu abuela. Te hizo tu *pasghetti* favorito para cenar.

Todos los padres salen a trabajar, y siempre regresan. Esto es lo normal. No hay nada de qué preocuparse. Nada que pudiera provocar un ataque de cólicos, o una adicción, o toda una vida de sentirte abandonado, o pensar que no eres suficiente o importante, o sentirte incómodo todo el tiempo, o tener una necesidad desesperada de ser amado.

Mi padre se alejó en el auto, con destino a quién sabe dónde. Ese primer día, no volvió del trabajo. Tampoco el segundo. Yo esperaba que regresara después de tres días, luego quizás una semana, más tarde un mes, pero después de unas seis semanas, dejé de esperarlo. Yo era demasiado joven para entender dónde estaba California, o lo que significaba que fuera a “perseguir su sueño de ser actor”. ¿Qué carajos es un actor? ¿Y dónde carajos está mi papá?

Mi papá, quien más adelante se convertiría en un gran padre, dejaba a su bebé solo con una mujer de veintiún años que sabía que era demasiado joven para ser madre

soltera. Mi mamá es maravillosa, y sensible, pero era demasiado joven. A ella, al igual que a mí, también la habían abandonado en aquel estacionamiento del cruce fronterizo entre Estados Unidos y Canadá. Mi madre se había embarazado de mí cuando tenía veinte años, y, para cuando cumplió los veintiún años, y era madre primeriza, estaba soltera. Si yo hubiera sido padre a los veintiún años, me hubiera bebido al bebé. Mi madre hizo lo mejor que pudo, y esto habla muy bien de ella, pero, aun así, simple y sencillamente no estaba lista para asumir esa responsabilidad, y yo no estaba listo para lidiar con nada, por aquello de que no era más que un recién nacido.

De hecho, antes de siquiera conocernos, mi madre y yo fuimos abandonados.

Con mi papá fuera de la ecuación, rápidamente entendí que tenía un rol que cumplir en casa. Mi trabajo era entretener, engatusar, deleitar, hacer reír a los demás, relajar, complacer, ser el bufón de toda la corte.

Incluso cuando perdí una parte de mi cuerpo. Es más, sobre todo en ese momento.

El fenobarbital quedó en el pasado —su uso se fue desvaneciendo al igual que los recuerdos del rostro de mi padre—, y esto marcó el comienzo de un reinado en el que aprendí a ser el cuidador de todos.

Cuando estaba en jardín de niños, un niño tonto me cerró una puerta en la mano, y, luego de que las grandes chispas de sangre dejaran de salir como fuegos artificiales, a alguien se le ocurrió vendarme la mano y llevarme

al hospital. Una vez ahí, fue un hecho que había perdido la punta del dedo medio. El personal del hospital llamó a mi madre y ella se apresuró a llegar cuanto antes. Llegó llorando (es entendible) y me encontró parado sobre una camilla con una venda enorme en la mano. Antes de que pudiera decir algo, le dije:

—No necesitas llorar; yo no lloré.

Desde entonces, ahí estaba el intérprete, el que quería complacer a la gente. (¿Quién sabe, a lo mejor hasta hice el típico gesto sorprendido de Chandler en el que mira dos veces a la gente para asegurarse de que su broma haya tenido el efecto deseado?) A los tres años había aprendido que tenía que ser el hombre de la casa. Tenía que cuidar a mi madre, aunque me acabara de rebanar el dedo. Supongo que a los treinta días de nacido había aprendido que, si lloraba, me darían algo para noquearme, así que lo mejor sería no llorar; también sabía que tenía que asegurarme de que todos, incluyendo mi madre, se sintieran seguros y bien. O tal vez sólo fue un diálogo brillante dicho por un niño parado sobre una camilla.

En realidad, las cosas no han cambiado mucho. Si me das todo el OxyContin que pueda tolerar, me siento cuidado, y, cuando me siento cuidado, entonces puedo cuidar a todos los demás y ver hacia afuera y ser útil para alguien más. Pero *sin* medicamentos, siento como si me hundiera en el vacío. Por supuesto, esto significa que no puedo ser útil o funcional en una relación de pareja porque sólo estoy tratando de sobrevivir al minuto siguiente, la hora siguiente, el día siguiente. Ésta es la enfermedad del mie-

do, el regaliz de la insuficiencia. Una pizca de esta droga y una pizca de otra, y me siento bien; nada te sabe cuando estás drogado.

(Antes del ataque terrorista del 11 de septiembre, a veces en los aviones se permitía que los niños —o los adultos curiosos— visitaran la cabina del piloto. Cuando tenía cerca de nueve años, me dejaron entrar a la cabina de un avión y quedé tan embelesado por todos los botones, el capitán y la información que, por primera vez en seis años, olvidé meter la mano en el bolsillo. Nunca la había mostrado; me sentía sumamente apenado. Pero el piloto se dio cuenta y dijo:

—Déjame ver tu mano. —Avergonzado, le mostré la mano. Luego me dijo—: Mira esto. —Resulta que él también había perdido la punta del dedo medio de la mano derecha.

A este hombre, que ahora piloteaba un avión y sabía lo que hacían todos esos botones y entendía toda esa información cautivadora en una cabina, también le faltaba una parte de su dedo. Desde entonces —ahora tengo cincuenta y dos años—, nunca he ocultado mi mano. De hecho, como he sido fumador durante mucho tiempo, varias personas lo notaron y me preguntaron qué había sucedido.

Al menos gané una broma del incidente con la puerta; durante años me quejé de que, desde que había perdido la mitad del dedo, sólo podía decirle a la gente que se “fuera al caraj...”).

Es cierto que no tenía padre, ni todos los dedos de la mano, pero lo que sí tenía era agilidad de mente y palabra, incluso desde entonces. A esto agreguemos una madre que estaba muy ocupada, era muy importante, y que también tenía agilidad de mente y palabra... Bueno, pues había veces en las que yo disfrutaba aleccionar a mi mamá sobre su falta de atención, y digamos que no salió nada bien. Cabe mencionar que yo nunca recibía la atención suficiente; no importaba lo que ella hiciera, nunca bastaba. Y no olvidemos que ella estaba haciendo el trabajo de dos personas, mientras que mi querido padre estaba ocupado luchando contra sus propios demonios y deseos en Los Ángeles.

Suzanne Perry (conservó el apellido de mi padre para su carrera profesional) era como la actriz Allison Janney en la serie *The West Wing*; una portavoz política. Era la secretaria de Prensa de Pierre Trudeau, que en ese entonces era primer ministro de Canadá y un auténtico mujeriego. (El periódico *Toronto Star* tituló una foto en la que aparecían juntos como: “Auxiliar de prensa Suzanne Perry trabaja para uno de los hombres más conocidos de Canadá, el primer ministro Pierre Trudeau, aunque rápidamente se está convirtiendo en una celebridad; sólo por aparecer junto a él”). Imaginen eso: convertirte en una celebridad por el simple hecho de estar parada junto a Pierre Trudeau. Era un primer ministro sofisticado y bien conectado que alguna vez había salido con Barbra Streisand, Kim Cattrall, Margot Kidder... su embajador en Washington alguna vez se quejó de que el primer ministro no sólo había invitado a una sino a *tres* novias distintas a la misma cena, así que se requería mu-

cho trabajo de relaciones públicas para cuidar la imagen de un hombre tan fascinado con las mujeres. Por lo tanto, el trabajo de mi madre requería que pasara mucho tiempo fuera de casa, y que yo compitiera con las constantes preocupaciones de una de las mayores democracias de occidente y su carismático líder si yo quería un poco de atención. (Creo que el término en aquel entonces era “niño de la llave”, un nombre demasiado blando para referirse al acto de dejar a un niño completamente solo en casa.) En consecuencia, aprendí a ser simpático (a caerme de formas vergonzosas, a hacer bromas ingeniosas, ya saben cómo funciona el asunto) porque *tenía* que serlo; mi madre se la vivía estresada por su trabajo, y ya de por sí tenía las emociones a flor de piel (y la habían abandonado), y mi sentido del humor solía calmarla lo suficiente como para que cocinara algún platillo, se sentara a la mesa del comedor conmigo, y me escuchara, por supuesto, toda vez que yo la hubiera escuchado a ella primero. Pero no la culpo por trabajar; alguien tenía que llevar comida a casa. Sólo significaba que yo pasaba mucho tiempo solo. (Solía decirle a la gente que yo era un hijo *solo*, en lugar de un “hijo único”).

Entonces, yo era un chico con gran agilidad mental, e incluso más agilidad de palabra, pero, como ya dije, ella también tenía agilidad mental y de palabra (me pregunto de dónde la habré sacado). Mi madre y yo solíamos discutir mucho, y yo siempre tenía que tener la última palabra. En una ocasión, tuve una discusión con ella en unas escaleras, y me hizo sentir la mayor rabia que había sentido en mi vida. (Tenía doce años, y, obviamente, no po-

día golpear a mi propia madre, así que esa rabia se volvió hacia adentro. Al igual que en mi adultez; al menos tuve la decencia de volverme un alcohólico y adicto en vez de echarle la culpa a otra persona.)

Siempre he sido abandonado. Tan es así que, cada vez que un avión sobrevolaba nuestra casa en Ottawa, le preguntaba a mi abuela si mi mamá estaba en ese avión porque siempre me preocupaba que fuera a desaparecer, como lo había hecho mi padre (ella nunca desapareció). Mi madre es hermosa; solía iluminar cualquier habitación a la que entraba. Y sin duda ella es la razón por la que soy simpático.

Mientras mi papá estaba en California, mi mamá, siendo la mujer hermosa, inteligente, carismática y luminosa que era, solía salir con algunos hombres, y ellos salían con ella, y, como era de esperarse, yo transformaba a cada uno de ellos en mi padre. Una vez más, cuando un avión sobrevolaba nuestra casa, le preguntaba a mi abuela: “¿[Michael] [Bill] [John] [inserta el nombre del novio más reciente de mamá] se está yendo en ese avión?”. Constantemente perdía a mi padre; constantemente era abandonado en la frontera. El rugido del río Niágara se había grabado en mi mente para siempre, y ni siquiera una dosis de fenobarbital podía silenciarlo. Mi abuela me arrullaba, luego me destapaba una lata de Coca-Cola de dieta, y el suave y lejano sabor a anís y regaliz me llenaba las papilas gustativas con el dolor de la pérdida.

En lo que respecta a mi *verdadero* padre, él solía llamar todos los domingos, lo cual era agradable. Luego de su paso por los Serendipity Singers, volcó sus habilidades inter-

pretativas en la actuación, primero en Nueva York, después en Hollywood. Aunque era lo que algunos llamarían un profesional promedio, trabajaba de una forma bastante constante y eventualmente se convertiría en el hombre del desodorante Old Spice. Veía su rostro con mucha mayor frecuencia en la televisión o en revistas que en la vida real. (¿Quizá por eso me volví actor?) “¿Qué clase de hombre silba la melodía de Old Spice? ¡Es mi papi!”, dice la voz en *off* de un anuncio de 1986 mientras un niño rubio con corte de casquete abraza el cuello de mi verdadero padre. “Mi esposo es prácticamente perfecto”, canturrea la sonriente esposa rubia, y, aunque es una especie de broma, a mí nunca me causó gracia. “Puedes contar con él, es un amigo...”.

Más tarde, cuando había pasado el tiempo apropiado, me llevaron al aeropuerto para mandarme a Los Ángeles con mi letrero de MENOR NO ACOMPAÑADO colgando del cuello. Siempre que iba a visitarlo a esa ciudad, me percataba una y otra vez de lo carismático, simpático, encantador y ridículamente apuesto que era mi padre.

Él era perfecto, y yo, incluso a esa edad, quería lo que no podía tener.

Sin embargo, lo cierto es que mi padre era mi héroe. De hecho, era mi *superhéroe*: cuando salíamos a dar un paseo, yo solía decirle: “tú serás Superman y yo seré Batman”. (Un psicólogo inteligente diría que, en vez de ser papá y Matthew, ambos jugábamos a ser otros personajes, porque nuestros verdaderos roles me resultaban demasiado confusos. Pero tampoco soy un experto en la materia.)

Cuando yo regresaba a Canadá, tanto el rostro como el olor del departamento de mi padre desaparecían al cabo de unos meses. Luego, volvía a ser mi cumpleaños, y mi madre hacía lo posible para compensar la ausencia de mi padre, y cuando aparecía el gigantesco pastel de cumpleaños, cubierto de muchas velas escurriendo cera, yo sólo deseaba que mis padres se reconciliaran. Si mi vida familiar hubiera sido más estable, o si mi padre hubiera estado presente, o si no hubiera sido Superman, o si yo no hubiera sido ágil de mente y de palabra, o si Pierre Trudeau... tal vez no me sentiría tan incómodo todo el tiempo.

Tal vez sería feliz. Y tal vez la Coca-Cola de dieta sería deliciosa en vez de necesaria.

Sin el medicamento adecuado, a lo largo de mi vida siempre me había sentido incómodo e inútil respecto al amor. En palabras del gran Randy Newman: “Se necesita una buena dosis de medicamentos para que yo pueda fingir que soy otra persona”. Supongo que yo no era el único que pensaba esto.

—¡Hola! ¿Está Suzanne?

—Sí, ¿me podría decir quién la busca?

—Soy Pierre...

Cuando sonó el teléfono, mi mamá y yo estábamos pasando el *mejor* día juntos. Habíamos estado jugando juegos de mesa el día entero —incluso tratamos de jugar Monopoly, pero es más difícil cuando sólo hay dos jugadores—, y luego, a medida que anochecía, descubrimos que estaban pasando *Annie Hall* en la televisión y nos reí-

mos a carcajadas de la casa de Woody Allen ubicada bajo una montaña rusa. (No entendí las bromas sobre sexo y relaciones de pareja, pero, incluso a los ocho años, entendí por qué era gracioso gastar dos mil dólares en una especie de polvo blanco que inhalabas.)

Éste es mi recuerdo favorito de la infancia; estar sentado con mi mamá viendo esa película. Pero ahora el primer ministro estaba al teléfono, así que estaba a punto de perder a mi madre de nuevo. Cuando tomó la llamada, la escuché hablar en su tono profesional de portavoz política. Era la voz de otra persona, de Suzanne Perry, y no de mi madre.

Apagué la televisión y me fui a la cama. Me metí debajo de las cobijas, y, sin necesidad de consumir barbitúricos —aún—, dormí inquieto hasta que la luz del amanecer iluminó la ventana de mi cuarto en Ottawa.

Alrededor de esta época, recuerdo haber visto a mi madre llorar en la cocina, y pensar: “¿Por qué no se toma un trago?”. No tengo idea de cómo se me ocurrió que una bebida alcohólica podría detener el llanto. Ciertamente, yo aún no probaba el alcohol, pues sólo tenía ocho años (¡tendría que esperar otros seis años para hacerlo!), pero, de algún modo, la cultura que me rodeaba me había enseñado que tomar equivalía a reírse y divertirse, y que era una buena válvula de escape para el dolor. Mamá estaba llorando, entonces, ¿por qué no bebía? Si lo hiciera, entonces estaría borracha y no sentiría tanto las cosas, ¿cierto?

Tal vez lloraba porque nos mudábamos muy seguido —a Montreal, Ottawa, Toronto—, aunque viví casi toda mi infancia en Ottawa. Yo pasaba mucho tiempo solo;

había niñeras, pero nunca duraban lo suficiente, así que las añadí a la lista de personas que me habían abandonado... Simplemente seguí adelante y continué siendo simpático, ágil e inteligente para sobrevivir.

Con tan sólo pararse junto a Pierre Trudeau y lucir hermosa, mi madre se convirtió en una celebridad al instante, a tal grado que le ofrecieron una posición como presentadora de noticias nacionales para la cadena Global Television, en Toronto.

Este trabajo era una gran oportunidad que no podía dejar pasar. Además, ella se desempeñaba muy bien en el puesto, hasta el día en que tuvo que promover un certamen de belleza. Mi madre dijo: “Estoy segura de que *eso* nos mantendrá al filo de la butaca”. Fue un comentario chistoso —y un tanto surreal si consideramos que provenía de una antigua reina de belleza—, pero la despidieron esa misma noche.

Yo nunca estuve de acuerdo con la mudanza a Toronto; para empezar, ni siquiera me habían incluido en la decisión. Y la cereza del pastel fue que nunca volvería a ver a mis amigos. Además, mi madre estaba embarazada de nueve meses —para ese entonces se había casado con Keith Morrison, un locutor de la estación de radio *Canada AM*—; sí, es justo el que estás pensando, el de la lustrosa cabellera que aparece en el programa *Dateline* de la cadena NBC. Incluso me habían elegido para entregar a mi madre en el altar durante la boda. Ésta fue una elección extraña, en un sentido literal y figurado.

Sin embargo, ¡muy pronto tuve una hermosa hermana! Caitlin era lo más adorable posible, y la amé al instan-

te. Pero ahora había una familia nueva que crecía a mi alrededor y de la cual yo nunca me sentí parte. Fue más o menos por esta época que tomé la decisión consciente de mandar todo al carajo y decir: “¡Sálvese quien pueda!”. Fue ahí que empezó la mala conducta; empecé a sacar malas calificaciones, empecé a fumar, golpeé al hijo de Pierre (quien más tarde se convertiría en primer ministro), Justin Trudeau. (Decidí olvidar nuestras diferencias cuando lo pusieron a cargo de todo un ejército.) Decidí vivir en mi cabeza y no en mi corazón. Vivir en mi cabeza era más seguro; ahí nadie podía hacerme pedazos, al menos no todavía.

Cambié. Apareció mi agilidad de palabra, y no permití que nadie se acercara a mi corazón. Nadie.

Yo tenía diez años.

Cuando cursaba el séptimo grado, volvimos a Ottawa, el lugar al que yo pertenecía. Comenzaba a darme cuenta del poder que tenía hacer reír a la gente. En Ashbury College, mi escuela secundaria para varones en Ottawa, mientras me ocupaba en ser el payaso del salón, de algún modo conseguí el papel de Rackham, “el pistolero más rápido del oeste”, en una obra llamada *The Death and Life of Sneaky Fitch*, montada por el maestro de teatro de la escuela, Greg Simpson. Era un papel importante, y me encantaba; ¡hacer reír a la gente era lo máximo! Esa onda que se transformaba en una ola, todos esos padres y madres fingiendo interés en las andanzas de sus hijos hasta que llegó ese tal Perry a hacer reír a la gente. (De todas las drogas, ésta sigue siendo una de las más efectivas, al menos cuando se trata de brindarme *alegría*.) Ser la es-

trella de *The Death and Life of Sneaky Fitch* fue especialmente importante porque me dio algo en lo que podía sobresalir.

Me importaba profundamente lo que los demás pensarán de mí —aún me importa—; de hecho, ha sido uno de los hilos conductores de mi vida. Recuerdo haberle rogado a mi mamá que pintara el patio trasero de nuestra casa de color azul para que la gente que pasara volando en avión, y mirara nuestro patio, pensara que teníamos alberca. Tal vez había un menor no acompañado allá arriba que podía mirar hacia abajo y sentir consuelo.

Aunque ahora era el hermano mayor, también era el hijo malcriado. Un día, abrí todos los armarios de la casa antes de Navidad para ver cuáles eran mis regalos; también había robado dinero, fumaba cada vez más, y sacaba cada vez peores calificaciones. En algún punto, los profesores pusieron mi pupitre frente a la pared de la parte trasera del salón porque hablaba mucho y me empeñaba en hacer reír a los demás. Un profesor, el doctor Webb, me dijo: “Si no cambias tu forma de ser, nunca llegarás a ser alguien en la vida”. (¿Debería admitir que, cuando salí en la portada de la revista *People*, le envié un ejemplar al doctor Webb con una nota que decía: “¿Supongo que estabas equivocado?”). No, eso sería de muy mal gusto.)

Tengo que admitirlo; hice justo eso.

Lo que compensaba mis malas calificaciones era ser protagonista de todas las obras escolares, además de tenista clasificado a nivel nacional.

Mi abuelo me enseñó a jugar tenis desde los cuatro años, y, para cuando cumplí ocho, yo sabía que podía ga-

narle; pero esperé hasta que cumplí diez años. Jugaba entre ocho y diez horas al día, y también pasaba horas golpeando un tablero de tenis, fingiendo ser Jimmy Connors. Jugaba partidos y sets en los que cada uno de mis derechos era de Connors, y cada revés del tablero era de John McEnroe. Golpeaba la pelota por delante de mi cuerpo, barría con mis cuerdas, y me ponía la raqueta en la espalda, como si quisiera meterla en una mochila. Pensé que tarde o temprano debutaría en Wimbledon; me veía caminando por la cancha asintiendo en dirección al público aficionado con dulzura y modestia, haciendo estiramientos antes de disputar cinco sets contra McEnroe, esperando con paciencia mientras él regañaba a un rígido árbitro inglés, antes de conectar un tiro de revés cruzado para ganar el torneo. Luego besaría el trofeo dorado y bebería un vaso de agua Robinsons Barley, una bebida tan alejada del refresco Dr Pepper que seguro amaría. Sin duda, en ese momento lograría llamar la atención de mi madre.

(La final de Wimbledon de 1982, donde Jimmy Connors apenas logró vencer al ampliamente favorito John McEnroe, fue mi partido preferido de todos los tiempos. Jimmy apareció en la portada de *Sports Illustrated* tras su victoria, y yo mandé enmarcar la revista, la cual sigue colgada en una pared de mi casa hasta el día de hoy. Yo era él, o él era yo; da igual, ese día, ambos ganamos.)

En cuanto a los partidos que disputé en la vida real, jugué varios en el club de tenis Rockcliffe Lawn en Ottawa, donde teníamos que ir vestidos todos de blanco. En algún punto, había un letrero en la entrada del club que decía SÓLO BLANCOS hasta que alguien pensó que quizá

podría dar lugar a malentendidos. (Poco después retiraron el letrero y lo cambiaron por otro que decía SÓLO VESTIMENTA BLANCA y todos continuaron con sus vidas.) Había ocho canchas, ocupadas en su mayoría por personas mayores, y yo pasaba todo el día esperando en la casa club a que alguien se ausentara y a que a algún grupo le hiciera falta un cuarto jugador para que yo entrara. La gente mayor me amaba porque yo podía alcanzar todas las bolas, pero también tenía un temperamento explosivo. Aventaba la raqueta, decía groserías y me enojaba muchísimo, y, si estaba perdiendo por muchos puntos, me ponía a llorar. Por lo general, esto era lo que precedía a mi recuperación y eventual triunfo —iba perdiendo por un set; 5-1; 0-40, *llorando*, y luego me recuperaba y ganaba en tres sets. Durante todo ese tiempo, lloraba mientras pensaba: “Voy a ganar. Sé que voy a ganar”. Ganar no era tan necesario para otras personas.

A los catorce años, había clasificado a nivel nacional en Canadá..., pero éste también fue el año en que empezó otra cosa.

La primera vez que consumí una bebida alcohólica fue a los catorce años. Había resistido lo más posible.

En este punto, pasaba mucho tiempo con dos hermanos, Chris y Brian Murray. De alguna manera, desde tercer grado habíamos desarrollado una forma de hablar que iba más o menos así: “¿El calor *podría* ser peor?” o “¿La maestra *podría* ser más grosera?” o “¿*Podríamos* estar más castigados?” —una cadencia que quizá reconozcas si eres

fanático de *Friends*, o si te das cuenta de cómo se ha estado hablando en Estados Unidos más o menos durante las dos últimas décadas. (Creo que no exagero al decir que Chandler Bing transformó la forma de hablar de los estadounidenses.) Para que conste en el acta, esta transformación provino directamente de Matthew Perry, Chris Murray y Brian Murray mientras hacían tonterías en Canadá en la década de los ochenta. Aunque, con la única diferencia de que yo me volví rico gracias a esto. Por fortuna, Chris y Brian nunca me han reprochado esto y siguen siendo mis queridos y simpáticos amigos.

Una noche, estábamos los tres pasando el rato en el patio trasero de mi casa. No había ningún adulto; en el cielo, el sol brillaba a través de las nubes, sin que ninguno de nosotros supiera que algo extremadamente significativo estaba a punto de ocurrir. Yo estaba recostado sobre el pasto y el lodo canadiense, y no sabía nada de nada.

¿Podría ser más inconsciente?

Decidimos tomar. No recuerdo de quién fue la idea, y ninguno de los tres sabíamos en lo que nos estábamos metiendo. Teníamos un *six* de cerveza Budweiser y una botella de vino blanco llamada Andrès Baby Duck. Yo me quedé con el vino y los Murray con la cerveza. Por cierto, todo esto ocurrió al aire libre; estábamos en el patio trasero de mi casa. Mis padres no estaban —¡vaya sorpresa!— y aprovechamos la ocasión.

En tan sólo quince minutos, nos acabamos todo el alcohol. Mientras los Murray vomitaban a mi alrededor, yo me quedé acostado en el pasto, y algo me sucedió. Esa

cosa que me hace diferente a los demás a nivel corporal y mental ocurrió. Estaba acostado de espaldas sobre el pasto y el lodo, contemplando la luna, rodeado de vómito fresco de los Murray, y me di cuenta de que, por primera vez en la vida, nada me molestaba. El mundo tenía sentido; no estaba retorcido y loco. Yo estaba completo y me sentía en paz. Nunca había sido tan feliz como en ese momento. “Ésta es la respuesta”, pensé. “Esto es lo que me he estado perdiendo. Así es como se debe sentir la gente normal todo el tiempo. No tengo ningún problema. Los que tenía se han esfumado. No necesito atención. Me siento cuidado; estoy bien”.

No cabía de la felicidad. Durante esas tres horas, no tuve ningún problema. No me habían abandonado; no estaba peleando con mi madre; no me estaba yendo mal en la escuela; no me preguntaba de qué se trataba la vida y cuál era mi lugar en el mundo. La bebida hacía que todo esto desapareciera.

Sabiendo lo que ahora sé sobre la naturaleza progresiva de la enfermedad de la adicción, me sorprende que yo no haya decidido tomar la noche *siguiente*, y también la noche después de ésta, pero no lo hice; esperé, y aún no me atrapaba el flagelo del alcoholismo. Así que, esa primera noche no me llevó a beber con regularidad, pero probablemente sembró la semilla.

La clave del problema, según entendería más adelante, era ésta: carecía de guías espirituales y de la capacidad de disfrutar las cosas. Pero, al mismo tiempo, también era adicto a la emoción. No tengo palabras para explicar cuán tóxica era esta combinación.

Por supuesto, en ese entonces yo no lo sabía, pero si no estaba buscando divertirme, emocionarme, o emborracharme, no podía disfrutar nada. La palabra culta para esta condición se conoce como “anhedonia”, un término y una sensación que me harían gastar millones de dólares en terapia y centros de rehabilitación para descubrir y comprenderlos. Tal vez por eso sólo ganaba partidos de tenis cuando iba perdiendo por un set y estaba a unos cuantos puntos de la derrota. Tal vez por eso hice todo lo que hice. Por cierto, *Anhedonia* era el título original de mi película favorita, aquella que mi madre y yo disfrutamos ver juntos, *Annie Hall*. Woody lo entiende. Woody me entiende.

La situación en casa no hacía más que empeorar. Mi mamá tenía una familia nueva y maravillosa con Keith. Emily, quien era rubia y adorable, había llegado al mundo. Y, al igual que Caitlin, la amé al instante. Sin embargo, la mayor parte del tiempo yo me sentía como un extraño que veía las cosas desde afuera; seguía siendo ese niño no acompañado que viajaba en avión a otro lugar. Mamá y yo peleábamos todo el tiempo; el tenis era lo único que me hacía feliz, e, incluso entonces, estaba enojado, o lloraba, hasta cuando ganaba. ¿Qué podía hacer?

Entonces, pensé en mi padre. Quería conocerlo. Era momento de cambiar de aires.

Sí, Los Ángeles, mi padre y una vida nueva me llamaban, pero yo tenía quince años, y mi partida causaría una gran ruptura en mi vida familiar y en el corazón de mi madre. Pero ella nunca me preguntó mi opinión sobre su boda con Keith, la mudanza a Toronto y que tuviera dos hijas... Y en Canadá, yo me la vivía enojado, llorando y tomando, y mi mamá y yo peleábamos todo el tiempo, y yo no me sentía parte de la familia, y era malísimo en la escuela, y de todos modos lo más probable era que yo me mudaría dentro de poco, y así sucesivamente. ¿Y por qué carajos era tan difícil entender que un niño quisiera conocer a su padre?

Decidí irme. Mis padres habían hablado al respecto y se preguntaban si Los Ángeles sería un mejor lugar para desarrollar mi carrera como tenista. (Yo ignoraba que, en el sur de California, sólo llegaría a ser un buen jugador de club, debido a que el estándar era mucho más alto en un lugar en el que podías jugar todos los días del año, a diferencia de Canadá, donde con suerte puedes jugar un par de meses antes de que llegue el permafrost.) Sin embargo, aún considerando esta idea, la decisión de irme provocó una ruptura en el tejido de mi familia.

La noche antes de irme —que terminaría siendo una de las peores noches de mi vida— estaba en el sótano de nuestra casa, donde dormí únicamente por esa noche. Arriba, en la parte principal de la casa, estaba por desatarse el infierno: había portazos, conversaciones entre dientes, y gritos ocasionales, además del sonido de pasos yendo de un lugar a otro, y una de las niñas estaba llorando, y nadie podía detener el llanto. De vez en cuando,

mis abuelos bajaban al sótano a gritarme; en el piso de arriba, mi madre gritaba, lloraba, y luego todas las niñas comenzaron a llorar, y mis abuelos gritaban, y las niñas gritaban, y yo estaba en el piso de abajo, enmudecido, abandonado, determinado, atemorizado, solo y asustado. Estos tres poderosos adultos bajaban para decirme una y otra vez que mi partida les estaba rompiendo el corazón. Pero yo no tenía opción; las cosas estaban muy mal. Yo era un ser humano roto.

¿Roto? Más bien, torcido.

Temprano a la mañana siguiente, en lo que seguramente fue un viaje muy difícil para mi madre, tuvo la gentileza de llevarme al aeropuerto y ver cómo me alejaba de ella por el resto de su vida. Aún no entiendo cómo logré armarme de valor para hacer este viaje. Aún me pregunto si fue la decisión correcta.

Una vez más, viajaba como un menor no acompañado —aunque ya era todo un experto— con destino a Los Ángeles para conocer a mi padre. Me aterraba la idea de que ni siquiera el alboroto de Hollywood fuera suficiente para apaciguarme. Pero muy pronto vería las luces de la ciudad y volvería a tener un padre.

Interludio: Nueva York

Lo primero que hice después de pasar esos cinco meses en el hospital fue prender un cigarro. Luego de todo ese tiempo, la primera calada, el humo que entraba en mis pulmones, me recordó la primera vez que fumé un cigarro. Fue como una segunda bienvenida.

Ya no sentía aquel Dolor. El único problema era que, a raíz de la cirugía mayor de estómago, mi cuerpo había formado un tejido cicatricial que me hacía sentir como si mi estómago estuviera flexionado el día entero, pero no era dolor como tal. Era más bien una molestia.

Pero nadie necesitaba saber esto, así que le dije a todo el mundo que sufría de dolor para poder conseguir OxyContin. Muy pronto, la dosis de ochenta miligramos diarios de OxyContin que había logrado conseguir bajo pretextos falsos ya no funcionaba, y yo necesitaba más. Cuando les pedí a los médicos que me aumentaran la dosis, se negaron; cuando le llamé a un *dealer*, accedió. Ahora lo único que tenía que hacer era bajar los cuarenta pisos de mi *penthouse* de veinte millones de dólares sin que Erin lo notara. (Juro por Dios que compré el lugar

porque Bruce Wayne había vivido en un departamento así en *Batman: El caballero de la noche*.)

A lo largo del mes siguiente, traté de hacer esto cuatro veces más. Y, como podrás adivinarlo, las cuatro veces me atraparon. Era malísimo para esto. Como era de esperarse, alguien de arriba llamó para decir que este hombre debía volver a desintoxicarse. Así que...

Luego de que me explotara el intestino, me sometí a una primera cirugía que requería que portara una atractiva bolsa de ostomía, un *look* que ni yo podía portar con estilo. Aún faltaba una segunda cirugía, para retirar la bolsa, pero, entre las dos cirugías, tenía prohibido fumar (los fumadores tienden a tener cicatrices más feas, de ahí la restricción). Por no decir que me faltaban los dos dientes incisivos; se me habían roto al morder una rebanada de pan con crema de cacahuete y aún no había tenido tiempo de arreglarlos.

Así que déjame ver si lo entiendo: ¿me estás pidiendo que deje de consumir drogas y fumar al mismo tiempo? Las cicatrices me importaban un carajo; yo fumo como chimenea, y dejar el cigarro era pedir demasiado. Lo que esto significaba era que tendría que ir a un centro de rehabilitación en Nueva York, y dejar el OxyContin y el cigarro al mismo tiempo. Y esto me aterraba.

Cuando llegué al centro de rehabilitación, me dieron Subutex para desintoxicarme, así que eso no estuvo tan mal. Llegué a mi habitación, y empezó a correr el reloj. Para el cuarto día, sentí que me estaba volviendo loco; éste siempre había sido el día más complicado. Y me di cuenta de cuán estrictos serían con respecto al cigarro.

Se decidió que podía fumar durante mi desintoxicación, pero, una vez que me mudara al tercer piso, no habría más cigarros.

Fueron muy insistentes, tanto así que tuvieron que encerrarme dentro del edificio para impedir que saliera. Yo me encontraba en el tercer piso; a mi alrededor, Nueva York ronroneaba a la distancia, ocupándose de sus asuntos, viviendo la vida mientras una de sus estrellas de comedia favoritas estaba en el infierno una vez más. Si ponía suficiente atención, podía escuchar el metro —las líneas F, R, 4, 5 y 6— muy por debajo de mí, o tal vez era el golpeteo de algo más, algo inesperado y aterrador e imparable.

Este centro de rehabilitación era una prisión, estaba convencido de ello. Una prisión de verdad, no como la que había inventado antes. Había ladrillos rojos y barrotes de acero negro. De alguna forma, había acabado en la cárcel. Nunca había violado la ley —bueno, más bien nunca me habían atrapado—, no obstante, me hallaba aquí, confinado, en el tambo, en la casa de detención. Sin dos dientes incisivos. Incluso parecía un convicto, y cada consejero era un guardia. Sólo faltaba que me dieran de comer a través de la ranura de una puerta cerrada.

Odiaba ese lugar; no tenía nada que enseñarme. He tomado terapia desde los dieciocho años, y, para ser honesto, en este punto no necesitaba más terapia; lo que necesitaba eran dos dientes frontales y una bolsa de ostomía que no se rompiera. Cuando digo que desperté cubierto en mi propia mierda, estoy hablando de unas cincuenta a sesenta veces. En aquellas mañanas en las que la bolsa no

se rompía, me percaté de un nuevo fenómeno: cuando me despertaba, disfrutaba unos treinta segundos de libertad mientras me tallaba los ojos para espantar el sueño, y luego la realidad de mi situación me golpeaba, y entonces rompía en llanto con una intensidad que envidiaría hasta la mismísima Meryl Streep.

Ah, y por cierto, necesitaba un cigarro. ¿Olvidé mencionarlo?

Estaba sentado en mi habitación haciendo Dios sabe qué cosa durante el cuarto día, cuando de pronto comprendí algo, no sé exactamente qué. Era como si algo me golpeara desde dentro. Pero, pese a que llevaba más de treinta años en terapia y que no tenía nada nuevo que enseñarme, tenía que hacer algo para borrar la nicotina de mi mente, así que dejé mi celular y salí al pasillo. Sin rumbo, no tenía idea de lo que hacía o adónde me dirigía.

Creo que intentaba caminar fuera de mi propio cuerpo.

Sabía que todos los terapeutas se encontraban en el piso inferior al mío, pero decidí evitar el elevador y dirigirme a las escaleras. En realidad, no sabía lo que ocurría —al día de hoy no puedo describir lo que sucedió, salvo que experimentaba una especie de pánico, confusión, un estado de fuga, y el dolor intenso había regresado; no se trataba de aquel Dolor, pero estaba muy cerca de serlo. Estaba en un estado de confusión total. Y tenía unas ganas intensas de fumar. Así que me detuve en esas escaleras, y pensé en todos los años de agonía, y en el hecho de que nunca pintamos nuestro patio trasero de azul, y en el maldito Pierre Trudeau, y en el hecho de que desde en-

tonces hasta ahora era, y sigo siendo, un menor no acompañado.

Era como si las partes malas de mi vida se me aparecieran al mismo tiempo.

Nunca podré explicar a detalle lo que sucedió a continuación, pero, de pronto, comencé a golpearme la cabeza contra la pared, con la mayor fuerza posible. Quince-cero. ¡SLAM! Treinta-cero. ¡SLAM! Cuarenta-cero. ¡SLAM! Juego. Saque as tras saque as, volea tras volea, mi cabeza como la pelota de tenis, la pared como la cancha de cemento, todo ese dolor elevado pero breve, yo levantándome, golpeándome la cabeza contra la pared, sangre en el cemento y en la pared, y por toda mi cara, completando el Grand Slam, y el juez gritando: “JUEGO, SET, PARTIDO, MENOR NO ACOMPAÑADO, SEIS-CERO, NECESITA AMOR, SEIS-CERO, TIENE MIEDO AL AMOR”.

Había sangre por todas partes.

Luego de aproximadamente ocho de estos golpes aturdidores, una persona debió escucharme, y me detuvo, e hizo la única pregunta lógica:

—¿Por qué estás haciendo eso?

La contemplé por unos segundos y, luciendo como Rocky Balboa en cada una de las tomas finales, dije:

—Porque no se me ocurrió nada mejor que hacer.
Escaleras.